

Fuera de VALIJA

MENSAJE DE GRATITUD
A H. G. WELLS

¡GRACIAS, admirado H. G. Wells, por haberme anunciado con absoluta precisión y seguridad el fin de Franco! Crea, insigne escritor, en la gratitud sincera de los refugiados españoles. Sus palabras son las primeras que nos llegan de Inglaterra diciéndonos algo concreto y esperanzador sobre el término inevitable de la tiranía franquista. Hasta ahora, sólo recibíamos de allí manifestaciones verbales, vagas y contradictorias. Usted sabe, ilustre novelista, que no es fácil entender a los ingleses. No sólo porque los ingleses hablan inglés, sino porque el inglés

que hablan los ingleses es bastante perifrástico y ambigüo. En inglés no es absolutamente necesario decir "sí" o "no" para decir "sí" o "no". Cabe también decir, verbigera: "Probablemente no creo estar en condiciones de afirmar que este pecado sea correctamente franco". En estas condiciones, no siempre nos ha sido fácil comprender lo que los ingleses — "honorables caballeros" de los Comunes y "nobles lores" — piensan sobre Franco. ¿Les parece bien que sea el único superviviente del totalitarismo nazi-fascista? ¿Están dispuestos a hacer algo para acabar con él? ¿Creen que ha llegado el momento de poner fin a la política inglesa de no inter-

ferencia, destruyendo prácticamente los efectos de aquella política? Si alguna duda pudiera existir sobre la paternidad inglesa de la no intervención, la desaparecería su propio nombre, pues si se llamó de no intervención fue porque aseguraba precisamente la intervención de Hitler y Mussolini en los asuntos de España, lo que responde a la más pura y tradicional aplicación del inglés al lenguaje diplomático. En resumen, admirado H. G. Wells, no hemos sabido nunca lo que piensan los ingleses. ¿Son partidarios de que continúe Franco en el poder? ¿Prefieren una monarquía constitucional y moderada? ¿Les gustaría más el comunismo libertario o el restablecimiento de la Santa In-

quisición? No es que nosotros vayamos a hacer mucho caso de lo que piensan los ingleses sobre el futuro político de España, pero, en fin, nos hubiera agradado saber lo que piensan.

El único que ha expresado con cierta claridad su opinión es usted, admirado H. G. Wells. Usted cree que Franco tiene contados los días. Usted nos asegura el fin de Franco. Usted, al menos, no se ha ido por las ramas. Usted ha hablado claro. A usted le hemos entendido perfectamente.

Cierto que usted para nada se ha ocupado ahora de Franco. Usted no ha anunciado exactamente el fin de Franco. Lo que usted ha anunciado es el fin del mundo. Pero los refugiados somos seres razonantes, quiero decir, dotados al ejercicio de la razón. Los refugiados somos kantianos por vocación, kantianos peligrosos, si usted quiere, por ser rojos. De "kantiano peligroso" fué fichado, en efecto, por la policía de Barcelona en 1909 nuestro llorado amigo Valentí y Camp. La razón nos dice que si usted cree en el fin del mundo, también creerá en el fin de Franco. Eso es lo razonable. Sería, en efecto, inadmisibile que, terminado el mundo, continuase Franco. Franco ha sobrevivido a la muerte de Mussolini, a la muerte de Hitler, a la muerte de Laval, a la muerte de todos sus compinches; ha sobrevivido a la victoria militar de las democracias contra las dictaduras; ha sobrevivido a los acuerdos de San Francisco y a la declaración de Potsdam; ha sobrevivido al triunfo electoral de los laboristas ingleses y de los degolistas franceses; posiblemente intenta sobrevivir a la bomba atómica. Pero lo que, al parecer, no podrá Franco es sobrevivir al fin del mundo, que usted anuncia ya, admirado H. G. Wells. Seamos, pues, optimistas. Una vez que se haya acabado el mundo y, en consecuencia, haya acabado Franco, los refugiados españoles podremos volver a España. Se nos permitirá, al menos, esa ilusión.

Seamos, pues, optimistas, porque, además, usted, admirado H. G. Wells, anuncia para muy pronto ese fin del mundo. El fin de Franco no se hará, por lo tanto, esperar mucho. Sería, des-

de luego, intolerable que Franco continuase en el poder tres o cuatro mil millones de años más, que es lo que podíamos creer que durase, por lo menos el mundo. No. Esto se acaba pronto. "El mundo se halla tocando a su propio fin — escribe usted —. Es inminente la expiración de cuanto llamamos vida y no habrá posibilidad de evadir tan fatal inminencia". Es decir: Franco no tiene escape. El finemundo —añade usted— se está produciendo "en los términos de un periodo a cifrar en semanas y meses, antes que en milenios". Perfectamente. Ahora podemos estar seguros de que Franco sólo durará semanas, meses, a lo sumo. Así, podemos asegurar que muy pronto volveremos los refugiados a

España. No me atrevería, desde ahora, a afirmar —como suponíamos hace un año— que estas Navidades nos comeremos ya allí el pavo familiar. Pero, de creer a Wells, es casi seguro que el próximo banquete del 14 de abril lo celebremos en nuestra tierra.

No conviene, pues, desalentarse. El porvenir cósmico, según Wells, es más esperanzador que el simple porvenir diplomático. Pronto se acabará el mundo y no quedará ni rastro de Franco. La victoria final será nuestra. Ahora comprendemos cuánto razón tenía el doctor Negrin en recomendaros la política de resistencia. ¡Gracias, admirado H. G. Wells!

EL VALIJERO

4
15 Di. bre
45

A.P.C.E
SIG.:
1.2G/1177